

En sus ojos cristalinos veo lágrimas. Lágrimas mudas, de vaca. Saliva hambrienta caía sobre la zarza espinosa que estaba masticando. Con esfuerzo aparta la vista del maíz, da la espalda a la puerta y... mira hacia el mar. Azul y vacío. Lo conoce bien: azul y vacío. Agua y piedras.

Yo también lo miro... Míralo como quieras, así es y así seguirá.

Mira en línea recta: no se ve Asia, Trapezunt. Allí Kemal Pasha combate a todos los pueblos del mundo; ha vencido a griegos y a ingleses, a franceses y a italianos, a todos los venció y los hundió en el célebre mar turco.

Susurran los tártaros silenciados:

—¡Chiss, chiss... Kemal Pasha! ¡Crimea avanza... *desparan amitralladoras, balchiviques* salió corriendo! Habrá pan y empanadillas... habrá *corderro*... ¡Un grande hombre, Kemal Pasha! Nuestro...

A la derecha el lejano Bósforo, el Gran Estambul. Allí hay montones de pan y de azúcar, y también queso de oveja y café de Arabia y carneros...

A la izquierda, entre el vapor matinal, mi tierra natal regada con sangre sagrada...

No hay humo en el lejano azul, las corrientes se vuelven plateadas... Un brocado azul claro sobre el sol.

Aquí tenemos un mar muerto: los alegres barcos no lo quieren. No sacarán trigo, ni tabaco, ni vino, ni lana... Todo ha sido devorado, bebido, roto. Se ha secado.

¡Y mientras, el sol va dibujando su propio lienzo!

La playa violeta se mantuvo rosa durante un tiempo, ahora se vuelve pálida. Se caldea: empieza a brillar. Al anochecer,

con el frío, se volverá azul. Pero mírala ahora, es blanquiazul: hierve con el mar cuando juega. No hay ni un alma entre la grava, ni una mancha con vida. ¡Adiós, colores!

Ni tártaros de cornamenta cobriza con canastas preñadas en las caderas: ¡peras, melocotones, uvas! Ni armenios bribones y jaraneros de Kutaísi, hombres orientales con cinturones y paños caucásicos, con velos desteñidos de colores chillones, consuelo de las mujeres; ni italianos de *obomarshe*<sup>3</sup>, ni fotógrafos cubiertos de sudor que levantan polvo con los pies, que se aceptan «con cara alegre» junto a la roca, que arrojan con valentía un trozo de paño negro, que esparcen con aire a medias importante a medias negligente sus *merci*. También las piedras uralenses se esfumaron, así como desaparecieron las roscas de pan de un cópec y las conchas con «Yalta», la tinta china y los guías tártaros con sus pantalones de montar de costuras azules, con bigotes teñidos, con sus caderas de Apolo de Korbek, la fusta tras la caña de charol, el olor a ajo y pimiento. Ni faetones de algodón aterciopelado color púrpura con baldaquines blancos que se hinchan al trote, con lengüetas rojas en sus deslumbrantes oropeles llenos de abalorios, con caballos vestidos y rosas de lana, con urogallos crimeano —el sonido de Bajchisarai— de plata que vuelan con paso afectado y ligero frente a villas que se desperezan por las mañanas entre glicinas y mimosas, entre magnolias, rosas y vides, con su riego vaporizado, el fragante frescor matutino rociado magistralmente por el jardinero. Ni turcos fuertes de venas marcadas que golpean regularmente los caballones nuevos, con saquitos azules, que desde el mediodía duermen en la

3 Nombre de tienda francesa.

tierra, junto a la roca. Ni sombrillas de señoras en la arena —los colores vivos del mediodía— ni el bronce humano que se quema con el sol, ni el viejecito tártaro, enjuto, con un envoltorio blanco en su cabeza color chocolate, que se balancea sobre sus rodillas, hacia la Meca...

¿No lo habrás devorado tú, mar? Éste calla, juega.

¿Quién va a vender, a comprar, a pasear, a hacer girar con indolencia el tabaco dorado de Lambat? ¿Quién va a bañarse...? Todo se ha secado. Se ha hundido en la tierra o más allá, al otro lado del mar.

Las dachas contemplan con ojos rotos la arena vacía. Los cormoranes vuelan hacia el mar, van y vienen en filas.

Verás sólo una cosa en el camino del litoral: una mujer cojeando descalza, sucia y con un bolso de paja roto (una botella vacía y tres patatas), con el rostro tenso en blanco, tras quedarse tonta por culpa de la adversidad:

—¡Y decían que todo iría bien...!

Tras un burro camina un tártaro de edad avanzada, lo lleva con un pequeño atado de leña, taciturno, andrajoso, con un sombrero rojo de piel de oveja; maldice la dacha ciega de rejas desencajadas, los huesos de caballos junto al ciprés talado:

—Quita, quita... ¡Ay, demonios...!

Y hace memoria: durante la temporada solía traer aquí gallos, cerezas, uvas, peras... ¡qué tiempos! Y ahora no hay ni con qué comprar sal.

Y entonces pasa levantando polvo en su caballo bayo empapado en sudor un soldado del Ejército Rojo medio borracho, sin patria, sin puerto al que arribar, con su gorrito de paño con orejeras, la estrella roja internacional, con un tonel: lleva la alegría ebria a sus jefes del remoto sótano que aún no han terminado de beber.